

el mando de los mismos jefes; pero estos cuidados tardíos sólo imperfectamente habían reparado los vicios de nuestra organización. Como en tiempo de paz las tropas no estaban regularmente distribuídas en divisiones, muchos generales fueron destinados á mandar regimientos que no conocían, y al llegar al cuartel general hubieron de buscar, no sin pérdida de tiempo y sin dificultades, el lugar en donde estaban su división ó su brigada. Después formaron apresuradamente su estado mayor y apresuradamente también pasaron una primera revista. Y como hasta entonces no habían estado en contacto con los oficiales ni con los soldados, ignoraban lo que podían esperar de las aptitudes de los unos y del vigor de los otros, y tampoco sabían de qué estaban provistos los cuerpos y qué era lo que les faltaba; de manera que fué preciso aprender bajo el fuego enemigo todo aquello que fácilmente se aprende en tiempo de paz.

Las mayores deficiencias eran las del material. Desde los primeros días, los despachos de los comandantes de cuerpo formulan, casi en términos idénticos, las mismas quejas generales, lamentándose de que carecen de todo bajo todos conceptos; después las peticiones se concretan y se reclaman medios de transportes, atelajes, enseres, mantas, bastos, arneses, cantinas de ambulancias, obreros de administración, sanitarios y médicos. Tal regimiento llega sin efectos de campamento, sin tiendas de abrigo; tal otro carece de cantimploras, de platos, de marmitas. Y luego todo se recibe por fragmentos, los cañones sin municiones, los caballos sin arneses, las ametralladoras sin los hombres prácticos en su manejo (1).

El 24 de julio, el mariscal Leboeuf salió de París dejando el ministerio de la Guerra confiado al general Dejeán; y si hemos de dar crédito á los que recibieron sus más íntimas confidencias, ya entonces había perdido algo de su optimismo y hablaba con menos aplomo de sus preparativos y con menos seguridad de las alianzas. Apenas llegado á Metz, todas las reclamaciones se dirigieron á él, y habiéndose querido enterar de la situación de los efectivos, vió que las reservas «llegaban con lentitud desesperante,» lo cual le dejó en extremo estupefacto, porque ¿no había acaso ordenado á los generales que mandaban divisiones y subdivisiones que enviaran á la porción activa de los cuerpos á todos los reservistas por destacamentos de cien hombres? ¿No había, por ventura, recomendado que no se perdiera ni un minuto y que se utilizaran las vías más rápidas? Otro motivo de asombro tuvo el mariscal cuando al día siguiente visitó, en compañía del general Lebrun, los almacenes del ejército y advirtió la confusión extraordinaria que en ellos reinaba; había allí muchos objetos, pero á menudo desapareados; observábase una extrema actividad, pero demasiado febril para ser fecunda; y se formulaban recriminaciones y se incurría en precipitaciones, síntomas ambos de una menor confianza en una suerte favorable. Leboeuf se apresuró á telegrafiar al general Dejeán á fin de que activara las remesas, y luego envió á París al general Lebrun con objeto de que verbalmente concretara lo que los telegramas únicamente podían indicar.

(1) Véase Bazaine, *L'armée du Rhin*, págs. 243, 246, 247, 248 y *passim*. - Véase también *Papiers des Tuileries*, tomo I, páginas 438 y siguientes.

Esto no obstante, Leboeuf, que bajo sus apariencias de sinceridad y de franqueza ocultaba algunos de los artificios del cortesano, no quería contristar al emperador; y por otra parte, habíase mostrado demasiado satisfecho para manifestar ahora inquietudes que habían de constituir una completa retractación; de aquí que en los primeros despachos enviados á su soberano procuró atenuar las noticias poco agradables acompañándolas de abundantes informes tranquilizadores. En el alma confiada de Leboeuf las ilusiones sólo se disipaban para renacer muy pronto, y más bien se engañaba á sí mismo que engañaba al soberano, y á pesar de los primeros desengaños, si bien aplazaba el momento de penetrar en territorio enemigo, no renunciaba aún al beneficio de la ofensiva. En el entretanto esperábase que llegara el emperador, que era quien había de adoptar las resoluciones definitivas.

III

El soberano, sobre quien gravitaban todas las responsabilidades, jamás había sentido tanto como entonces la pesadumbre del poder supremo. Los que vivieron en la intimidad de Napoleón afirman que los días que siguieron á la declaración de las hostilidades fueron para él días de preocupación, de tardíos arrepentimientos, de zozobras. Bajo el impulso violento de sus cortesanos, habíase lanzado bruscamente á la guerra; pero apenas preso en las redes de Bismarck, volvió en sí, y cuando ya la partida estaba empeñada de una manera irrevocable, vislumbró á la luz de sus menguantes ilusiones todas las probabilidades que tenía de perderla.

Todo eran desengaños; desengaños en el orden diplomático y desengaños en el orden militar.

En los comienzos del conflicto habíase acariciado la esperanza de que los Estados del Sur permanecerían neutrales. La cuestión Hohenzollern no interesaba directamente á Alemania, y por consiguiente no autorizaba á Prusia para invocar, en virtud de los tratados de 1866, el concurso de sus aliados; tal era la interpretación que el Sr. de Beust comunicaba desde Viena á Munich. De haber prevalecido esta idea, la guerra habría sido de hecho casi imposible; pues si además de la neutralidad belga y de la neutralidad luxemburguesa hubiese sido preciso respetar al Palatinado bávaro, á Baden y á Wurtemberg, Prusia y Francia, cuyos territorios se tocaban en un espacio de diez ó doce leguas solamente, difícilmente hubieran podido invadirse la una á la otra, y quién sabe si por falta de campo de batalla habrían quedado las hostilidades en suspenso. La demanda de garantías, que había desconcertado á los amigos de Francia, acababa de destruir esa probabilidad venturosa. Los badenses, que esperaban ser atacados y que desde hacía tiempo habían cedido á las influencias prusianas; comenzaron en 16 de julio su movilización. En cuanto al Hesse-Darmstadt, un tratado particular la unía, desde el punto de vista militar, á la Alemania del Norte. En Stuttgart, el Sr. de Varnbühler no ocultó que su país se veía arrastrado, bien á pesar suyo, en la órbita de Prusia, añadiendo, sin embargo, que si Francia se decidía á formular una declaración solemne de *desinterés territorial*, tal vez esta se

guridad permitiría á los Estados del Sur aplazar su entrada en campaña (1). Esta insinuación era muy vaga y el Sr. de Gramont, por otra parte, hizo de ella caso omiso. El 17 un decreto ordenó el ingreso en filas de las reservas y convocó las Cámaras para el 19; y el 21 se votaron los créditos para el ejército. Ya entonces el Sr. de Varnbühler había notificado á nuestro representante en Stuttgart que el Wurtemberg se veía obligado «con dolor profundo» á unir sus armas á las de Prusia. En Munich, la alianza prusiana engendraba temores todavía más terribles que en Stuttgart. Habiendo sido sometidos al voto de la Cámara, en 18 de julio, los créditos de guerra, la comisión propuso que fueran rechazados: era aquella la manifestación de los *particularistas* que veían en la acción común la sujeción futura. En cambio las clases medias se inclinaban hacia Prusia; los cortesanos, después de haber murmurado mucho contra Berlín, tenían demasiadas cosas que hacerse perdonar para no mostrarse prudentes; los hombres de Estado, bien que deseando la neutralidad, no la consideraban posible; y el rey sentía la deslumbradora influencia de la unidad alemana. La Cámara, lejos de ratificar el voto de la comisión, en la sesión del 19 aprobó los créditos por 101 votos contra 47. Seis días después, el príncipe real de Prusia pasó por Stuttgart y Munich, siendo aclamado en ambas capitales, y tomó el mando de los contingentes del Sur.

De modo que íbamos á tener en contra nuestra no á la Alemania que limitaba el Mein, sino á la Alemania entera. De momento el Sr. de Gramont no se impresionó, antes al contrario estimó que la neutralidad habría sido molesta porque no habría permitido á los ejércitos franceses operar en el Palatinado; mas no tardaron en acentuarse las decepciones, puesto que simultáneamente supimos dos cosas: la primera, que tendríamos más enemigos á quienes combatir; la segunda, que dispondríamos de menos fuerzas para defendernos.

En aquellos días llegaron á Saint-Cloud los primeros telegramas que anunciaban la insuficiencia de los efectivos y del material. Todos aquellos despachos fueron otros tantos golpes asestados contra el emperador, el cual, sorprendido y turbado, multiplicó los consejos y las órdenes; pero estas órdenes y estos consejos, que con frecuencia llevaban impreso el sello de la inexperiencia ó se cruzaban con prescripciones contrarias, aumentaban la confusión. Sin embargo, los familiares, si bien observaban con inquietud el semblante preocupado del soberano, sentíanse tranquilizados por ciertas apariencias que respiraban una confianza rayana en infatuación: jefes de cuerpo, edecanes, oficiales de la guardia ó de la casa imperial, todos partían acompañados de pronósticos de victoria; en el palacio lo mismo que en los bulevares no se hablaba de otra cosa que de castigar á los prusianos y de ir á Berlín; y en las recepciones, la emperatriz, imperiosa y grave á la vez, predecía el triunfo con febril animación. En los ojos brillaba la impaciencia y las manos se estremecían al contacto de la espada; todo lo que en el fondo de las almas era turbación disimulábase con la abundancia y farfantonería de las palabras, y la gente se aturdía

moviendo ruido, como si con ello quisiera evitarse la molestia de reflexionar. En el palacio, como en las calles, resonaban las notas de la *Marsellesa* que tocaban las músicas militares; y los más inquietos se contentaban con callarse ó, si aventuraban alguna duda, se apresuraban á retirarla como si hubiesen dicho una blasfemia.

Cuanto menos seguros estuviéramos en punto á fuerza material, tanto más precioso debía ser para nosotros el apoyo de las potencias. Desde la fatal demanda de garantía, Europa se alejaba de nosotros, y Bismarck puso toda su habilidad en ahondar la separación; el que tan pérfidamente había explotado el despacho de Ems recordó que guardaba en sus archivos otros documentos utilizables. Se recordará que en 1866 el Sr. Benedetti, con más confianza que prudencia, había dejado en manos del primer ministro el esbozo de un proyecto de reunión de Bélgica á Francia; Bismarck, como hombre que nada quiere perder, había conservado aquel papel, y ahora, considerando que la guerra le eximía de toda discreción, mandó sacar una copia del documento y publicarla en el *Times* (2), lo que causó gran sensación especialmente entre los ingleses, esos patronos del pueblo belga. Bien mirado el asunto, aquella revelación era tan acusadora contra Prusia, que había tolerado la entrevista, como contra el Sr. Benedetti que había ingenuamente levantado acta de la misma; pero Bismarck no se apuró por tan poca cosa, y en sus conferencias con lord Loftus confesó, con una mezcla de sencillez y de impudencia, que había provocado las confidencias del gobierno imperial y que había fingido trabajar de cuenta y mitad con éste; pero que había obrado así para mejor engañarle y, añadía con cínico buen humor, para darle la entretenida (3). La explicación era demasiado interesada para que mereciese ser creída; pero Europa, que no creyó en la inocencia de Bismarck, creyó en la codicia de Francia, que era lo que Prusia quería.

En medio de todas estas preocupaciones, no se habían borrado de la mente del emperador los proyectos del archiduque Alberto. Estos proyectos suponían dos cosas: una diversión marítima al Norte con el concurso de Dinamarca, y una doble alianza con el Austria y con Italia. ¿En qué habían de parar las operaciones marítimas? ¿Qué había de ser de las alianzas?

Desde el comienzo de las hostilidades habíase discutido el plan de una expedición al Báltico, que podía ser de gran provecho para Francia, por cuanto inmovilizaría al Norte un ejército prusiano, destruiría la flota enemiga, en plenas vías de creación, y trastornaría las nacientes fundaciones de la confederación alemana, atacando á ésta por el punto en que era más vulnerable. Mas tal empresa no era de las que se improvisan, sino que exigía una escuadra dispuesta á combatir, un cuerpo de ejército pronto á ser embarcado, barcos preparados para embarcar las tropas, y un aliado, Dinamarca, que no temiera comprometerse hasta llegar á la guerra, si era preciso. A falta de esta preparación larga y meditada, lo que podía ser fuente de gloria habría de convertirse en fuente de desengaños.

(2) *The Times* del 25 de julio de 1870, pág. 9.

(1) Despacho del Sr. de Saint-Vallier al Sr. de Gramont, 16 de julio (*La rupture avec le Wurtemberg*, pág. 23).

(3) Lord Loftus, *Diplomatic reminiscence*, parte II, tomo I, pág. 132.

Y los desengaños comenzaban ya á dejarse sentir. Las exigencias del presupuesto habían reducido los armamentos de la marina; y la mayoría de los transportes estaban empleados en conducir de Argelia á Francia los regimientos destinados al ejército del Rhin. En un consejo celebrado en 19 de julio bajo la presidencia del emperador, discutióse la cuestión del mando: el príncipe Napoleón reclamó para sí la dirección suprema, teniendo á sus órdenes al vicealmirante Bouet-Willauvez para la flota y al general Trochu para las tropas de tierra; pero contra esta pretensión protestó con gran energía el ministro de Marina, promoviéndose con este motivo una discusión que no cesó hasta que el príncipe desistió de su empeño. Después de perder muchos días, fueron designados Trochu para el mando del ejército de tierra y Bouet-Willauvez para el de las fuerzas de mar. Entonces fué preciso determinar la composición del cuerpo expedicionario, y se calculó que con diez mil hombres no se lograría otra cosa que reproducir el golpe de mano de Bomarsund; que con veinte mil no podría hacerse nada útil; y que, en cambio, con treinta mil que se reunieran con treinta ó cuarenta mil daneses podría ejercerse una influencia decisiva en el resultado de la lucha. Pero como cada día se hacía más patente la escasez de nuestros efectivos y el ejército del Rhin requería todos nuestros recursos, no era empresa fácil encontrar treinta mil hombres. Pensóse en utilizar una división que había quedado en Tolosa en expectativa de hostilidades eventuales por parte de España, pero luego este cuerpo fué destinado á completar el ejército ya sobrado débil; proyectóse después destinar al cuerpo de desembarco los cuartos batallones ó las tropas retiradas de Roma, pero lo primero desagradó al ministro de Marina y lo segundo al de la Guerra. Quedaban la infantería y la artillería de marina, mas estas fuerzas, que eran excelentes, resultaban insuficientes en número, aparte de que antes de poco habían de ser llamadas al corazón mismo de la patria.

Lo más urgente era mostrar la bandera francesa en las costas de Dinamarca, así es que en medio de estas intermitencias la escuadra se preparaba para partir, y el 24 de julio el almirante Bouet-Willauvez salió de Cherburgo con algunos buques. Nada, sin embargo, podía conseguirse sin la cooperación armada de Dinamarca. Reinaban en aquella nación las más terribles perplejidades que jamás hayan torturado el alma de un pueblo: la opinión pública demostraba con ruidoso entusiasmo sus simpatías por Francia; y en cambio la corte y el gobierno sentíanse dominados por gran terror ante la perspectiva de una lucha en que se jugaría todo lo que de la patria quedaba. De Londres y de San Petersburgo llegaban exhortaciones recomendando la prudencia; Francia estaba lejos, Prusia cerca, y antes de que se divisara la bandera tricolor, ochenta mil hombres, sacados en parte del ejército activo y en parte de la *landwehr*, se distribuyeron entre Lubeck, Hamburgo y Oldenburgo, desde donde habían de vigilar á la desventurada Dinamarca, dispuestos á castigar cualquier acto de hostilidad. El día 2 de agosto, el almirante Bouet-Willauvez penetró en el Báltico, pero los transportes no le seguían y el cuerpo expedicionario aún estaba en vías de formación en Francia. En esto llegó á la corte de Cristián IX un enviado extraordinario, el duque de

Cadore: el gabinete de Copenhague, bajo la doble presión de las advertencias rusas é inglesas y de las amenazas prusianas, había proclamado ya su neutralidad; en lo sucesivo serían inútiles las palabras, á no ser que una victoria, y una victoria brillante, fortaleciera el celo vacilante de nuestros amigos (1).

La alianza de Austria, sobre todo si se combinaba con la de Italia, había de compensar todos estos desengaños. En aquellos días en que tanta ansiedad reinaba en Saint-Cloud, el emperador tenía fija su atención en Viena y en Florencia, en donde negociaban nuestros diplomáticos, casi tanto como en Metz, en donde se organizaba el ejército.

Ya hemos visto que la declaración belicosa del 6 de julio había sorprendido y consternado al Sr. de Beust, el cual, en el conflicto que se anunciaba, consideraba tan peligrosa la abstención como la ingerencia y no llegaba á discernir cuál de estas dos soluciones entrañaba mayor peligro. Sus primeras comunicaciones al Sr. de Metternich y sus primeras conferencias con nuestro encargado de Negocios habían revelado una gran perplejidad, un descontento irritado. Esta desaprobación tan franca había causado gran disgusto en las esferas del gobierno, que se sintieron lastimadas al ver que sólo llegaban amonestaciones y reprimendas precisamente de donde se esperaba ayuda moral y tal vez apoyo material.

Este sentimiento era el que había dominado en los primeros días; pero luego la reflexión había aplacado el malhumor del Sr. de Beust ó por lo menos le había movido á disimular sus enfados, ya que si importante era no abrazar inconsideradamente el partido de Francia, no lo era menos no descorazonar á ésta del todo, porque en este caso Napoleón, exasperado, podría inclinarse á Prusia por un acuerdo *in extremis* con grave daño para el Austria. Bajo esta impresión, el canciller había enviado á París á uno de sus íntimos, al Sr. de Witzthum, ministro de Austria en Bruselas, quien vió al emperador y desvaneció con sus explicaciones toda huella de disencuentros, después de lo cual partió apresuradamente para Viena, en donde se celebró un gran consejo de gobierno. A consecuencia de lo que allí se deliberó, el Sr. de Beust, en 10 de julio, dirigió un despacho confidencial al Sr. de Metternich exponiéndole las miras de su soberano y las suyas.

En este documento se revelaba toda la política austriaca, atenta á la vez á reservar su apoyo y á no negarlo por completo y animada de la secreta esperanza de ir retardando las resoluciones; es decir, tocando los límites de la doblez, aunque sin caer nunca en ella, conducta excusable á pesar de su astucia dado lo grave que las circunstancias se presentaban para la monarquía. Comenzaba el despacho procurando borrar el disgusto que habían producido las primeras comunicaciones; y dominado por este deseo, el ministro se aventuraba á dar seguridades que en cualquier país habrían parecido comprometedoras y que contrastaban con los usos circunspectos de la cancillería austriaca: «Servíos repetir á Su Majestad y á sus ministros, decía el Sr. de Beust,

(1) Véase *Enquête parlementaire sur le 4 Septembre; déposition de l'amiral Rigault de Genouilly*, tomo I, pág. 126.—Trochu, *Oeuvres posthumes*, tomo I, págs. 88 y siguientes.—*L'amiral Bouet-Willauvez*, por Félix Julien, *passim*, etc.

que fieles á nuestros compromisos, tal como se consignaron en las cartas cambiadas el año pasado entre los dos soberanos, consideramos como nuestra la causa de Francia y que contribuiremos en los límites de lo posible al triunfo de sus armas.» ¿Cuáles serían estos límites

de las presuntas intenciones del gobierno de San Petersburgo un motivo para disfrazar sus propios aplazamientos; y poniendo en guardia á Francia contra las previsiones demasiado optimistas del general Fleury, entendía que la entrada del Austria en campaña deter-



El general Trochu

de lo posible? En este punto el primer ministro recogía con habilidad suma la cuasi-promesa que acababa de escapársele, y para rehuir todo compromiso inmediato, enumeraba las dificultades interiores de la monarquía: los húngaros estaban poco dispuestos á derramar su sangre para reconquistar para el Austria su antigua posición en Alemania; y los súbditos alemanes del imperio veían en el conflicto entre Francia y Prusia no una guerra política, sino una lucha de razas, y se negaban á olvidar su origen germánico. El jefe del gabinete de Viena, atento á buscar dilaciones, deducía sobre todo

minaría inmediatamente la entrada en campaña de Rusia, razón por la cual era oportuno esperar, evitar todo escándalo, *engañar á los rusos* hasta el momento en que lo avanzado de la estación no les permitiera concentrar sus tropas. El Sr. de Beust, al hablar de este modo, ¿no jugaba con dos barajas?, ¿no pensaba en *engañar* al gabinete de las Tullerías, al mismo tiempo que al de San Petersburgo, procurando que esta situación ambigua se prolongara hasta que la suerte de las armas hubiese dirimido la contienda franco-prusiana? El canciller, graduando cada vez más sus pensamientos, llegaba á pro-

nunciar la palabra neutralidad, palabra que, según decía, escribía con sentimiento y sólo obligado por las circunstancias en que se encontraba su país. Este lenguaje no armonizaba con el tono caluroso empleado al principio de la comunicación; de aquí que el Sr. de Beust, avanzando de nuevo, se apresurara á explicar que aquella neutralidad, propiamente hablando, no era tal, añadiendo: «Es simplemente un medio de acercarnos al verdadero objetivo de nuestra política, el medio único de completar nuestros armamentos sin exponernos á un ataque repentino de Prusia ó de Rusia antes de encontrarnos en condiciones de poder defendernos.» Estos aplazamientos habían de utilizarse en preparar por las negociaciones diplomáticas la cooperación militar; pero la corte de Viena formulaba un deseo y era el de no obrar sola. Al decir esto significaba que quería concertarse con Italia, ya porque juzgara más eficaz y más segura la acción común, ya porque proponiendo negociaciones con un tercero presintiera objeciones ú obstáculos que habían de retrasar aún más los compromisos definitivos.

Para gestionar cerca de la corte de Florencia no había esperado Napoleón las sugerencias del Austria, sino que ya en 8 de julio el Sr. de Gramont había telegrafado al Sr. de Malaret en los siguientes términos: «Si la obstinación de Prusia hace necesaria la guerra, Francia cuenta con el apoyo de Italia.» Dos días después, el emperador, en una entrevista que celebró con el Sr. Vimercati, había invocado la confraternidad de armas entre los dos pueblos y la amistad de Víctor Manuel (1). Sin embargo, el conflicto despertaba en Florencia mayor embarazo y más perplejidades aún que en Viena: por una parte, las últimas economías del presupuesto habían determinado grandes reducciones en el ejército; y por otra, si los italianos estaban descontentos de Prusia desde el despacho *Usedom*, no menos lo estaban de Francia desde Mentana, organizándose en las grandes ciudades manifestaciones en favor de la neutralidad. El rey, lealmente agradecido á los servicios pasados, mostrábase inclinado á la intervención, de la que eran también partidarios la mayor parte de los militares, y el ministro de Negocios extranjeros, señor Visconti-Venosta, que era de origen lombardo y conservaba el recuerdo de Milán emancipada, hubiera asimismo querido que su país ayudara á Francia; en cambio, el Sr. Sella, uno de los personajes más importantes del gabinete, temía la magnitud de los riesgos, oponía á los antiguos beneficios los dispendios recientes y aconsejaba la contemporización. Pero aun entre nuestros mejores amigos el agradecimiento no llegaba hasta la idea de una ayuda gratuita; todos, en una forma más ó menos atenuada, expresaban el deseo, la voluntad de que Roma fuese el precio del concurso. Este deseo era patrocinado muy calurosamente por el Sr. de Beust, el cual, ¡cosa extraña!, se mostraba más apremiante que los mismos interesados, y rogaba y suplicaba que se quitase á los italianos su *espina romana*. No es muy aventurado atribuir esta insistencia del primer ministro á un cálculo muy refinado: en efecto, Francia, ante aquella pretensión, formularía objeciones, y éstas, al prolongar la inacción de Italia, prolongarían tam-

(1) Nigra, *Ricordi diplomatici*, págs. 13-14.

bién la inacción de Austria, con lo cual se irían ganando días y se retrasaría el momento de la primera batalla.

De manera que aquella desdichada cuestión romana, imprudentemente promovida por la guerra de 1859 y fastidiosamente discutida durante los años siguientes, iba á complicar las negociaciones del imperio en sus postrimerías. Los ministros del 2 de enero, que eran capaces de cometer grandes faltas, pero no una villanía, se negaron á borrar la firma que Francia tenía puesta en un tratado solemne á cambio de la posibilidad de una cooperación, muy regateada y además muy incierta. El Convenio de 15 de septiembre no sería denunciado: tal fué la opinión que expresaron el emperador, el duque de Gramont y Emilio Ollivier. El gabinete de las Tullerías, manteniendo en su integridad el derecho internacional, concedió á los hechos lo que no podía quitarles, es decir, que decidió retirar las tropas de ocupación, resolución que justificaba la prudencia, aparte de la necesidad de concentrar todas nuestras fuerzas, ya que en caso de una derrota, ¡cuál habría sido la situación de aquel débil cuerpo abrumado tal vez por las partidas revolucionarias y no representando más que á un pueblo vencido! Por esto los transportes que habían surcado el Mediterráneo para traer nuestros contingentes argelinos, hicieron escala en Civitavecchia para recoger allí á los guardianes del Estado pontificio; en lo sucesivo el papa correría la misma suerte que Francia. Aquella medida, bien que impuesta por la necesidad, no dejó de producir el efecto de que con ella menguaba nuestro prestigio: los pliegues de nuestra bandera no eran ya bastante amplios para proteger nada fuera de la patria.

La retirada de nuestras tropas, aun suavizada por la subsistencia del tratado de 15 de septiembre, abría á los hombres de Estado italianos demasiadas perspectivas halagüeñas para que rechazaran en absoluto toda negociación. En el entretanto, concibióse en Viena un plan que consistía, no en fundar una triple alianza, sino en firmar entre Austria é Italia un tratado por el cual ambas potencias estipularían la neutralidad armada, y en cuanto estuvieran prontas á entrar en campaña, exigirían de Prusia el compromiso de no emprender nada contra el *statu quo* establecido por el tratado de Praga; y como Prusia se negaría seguramente á acceder á tal pretensión, estallaría la guerra de acuerdo con Francia. Dos agentes diplomáticos, uno austriaco y otro italiano, el Sr. de Vitzthum y el Sr. Vimercati, fueron los intermediarios encargados de transmitir entre París, Florencia y Viena los propósitos de los gobiernos.

En este estado se encontraban las negociaciones á fin de julio. Mas aquellos planes eran tan inciertos, aquellas simpatías tan tímidas, aquellas cuasi promesas tan egoístas, que lo más seguro era no contar con nadie; así es que mientras aquellos mensajeros oficiosos de Austria y de Italia recorrían la Europa en busca de una fórmula bastante flexible para mantener la alianza en caso de un triunfo y para autorizar la deserción en caso de una derrota, en el castillo de Saint-Cloud se hacían todos los preparativos para que el emperador fuera á reunirse con el ejército.

A las ruidosas demostraciones de los últimos días habían sucedido disposiciones más sosegadas, y los cortesanos esperaban con cierta sorpresa y con un ligero,

muy ligero principio de inquietud los éxitos predichos, las cooperaciones anunciadas. Nuestro agregado militar en Viena, el coronel de Bouillé, acababa de comunicar que Austria no comenzaba preparativo militar alguno; y habiéndose divulgado esta noticia, aquella inacción produjo gran asombro en todos menos en el Sr. de Gramont, que persistía en su optimismo. En tanto, el emperador, meditabundo y abatido, parecía encarnar el sentimiento fatídico de una fortuna próspera para siempre agotada. Dos días antes de la partida, el limosnero mayor, Monseñor Darboy, fué llamado al palacio para decir misa; el emperador, la emperatriz y el príncipe imperial comulgaron, y cuando el santo sacrificio hubo terminado, el arzobispo, dirigiéndose al monarca, hizo votos por la victoria. Napoleón contestó en términos melancólicos y se extendió largamente sobre las probabilidades inciertas de la guerra (1), después de lo cual el soberano, sobre el cual pesaba ya la fatalidad de la derrota, se despidió del prelado á quien la suerte tenía ya destinado al martirio. Los militares que por su edad ó por sus achaques no podían tomar parte en la guerra acudieron todos á ofrecer sus respetos al príncipe. El emperador confió al viejo mariscal Randón su descorazonamiento: «Soy viejo, le dijo, poco válido y muy poco apto para una campaña (2).» Uno de los generales agregados á la casa imperial, el general Lepic, deploró que su servicio le retuviera en París y solicitó un puesto más activo, á lo cual respondió Napoleón: «Os dejo un puesto de honor en el que tal vez correréis peligros tan graves como los del campo de batalla... ¡Quién sabe si volveremos á vernos (3)!» El 28 era el día fijado para la marcha, y se cuenta que en aquel momento mismo sintió el soberano verdadero miedo, ¡hasta tal punto las noticias del ejército denunciaban una preparación insuficiente y los despachos llegados del extranjero presagiaban el abandono! Por un instante, según se afirma, pensó en entrar en tratos, costara lo que costase, con el rey Guillermo, habiendo sido preciso demostrarle con abundantes razones la inutilidad de semejante propósito que no haría sino comprometer á la dinastía y á Francia (4). Queriendo evitar á toda costa las fanfarronadas guerreras, había resuelto que el cortejo imperial no atravesase París. A las nueve y media de la mañana los ministros se reunieron en Saint-Cloud, y el emperador, después de haberse despedido de ellos con afectuosa cordialidad, les dijo, tratando de infundirse ánimos á sí mismo: «Ahora parto bajo buenos auspicios (5).» A las diez apareció en la puerta de palacio el soberano, vestido con el uniforme de general de división; á su lado estaba la emperatriz, alentando con entereza algo fingida á los menos animosos; el joven príncipe, que estaba monísimo con su uniforme de subteniente de granaderos, llevaba en su rostro las señales de lágrimas recientes, pero visiblemente reunía todas sus energías y sonreía al porvenir como si le quedarán muchos años de vida. A un extremo del parque

(1) Cardenal Foulón, *Vie de Mgr. Darboy*, pág. 473.

(2) Mariscal Randón, *Mémoires*, tomo II, pág. 308.

(3) *Le Figaro*, 13 de junio de 1895.

(4) Entrevista del mariscal Lebeuf con Monseñor Dupont des Loges. (Véase *Vie de Mgr. Dupont des Loges*, por el P. Klein, páginas 278-279).

(5) Relación inédita de M. Louvet, ministro de Comercio.

reservado habíase instalado una pequeña estación, de la que partía un corto ramal que enlazaba con la línea de Versalles; allí permanecían desde la mañana varios furgones de equipajes, que algunos consideraban demasiado numerosos para un viaje de soldado; allí había de consumarse la separación. Altos dignatarios, familiares y cortesanos rodearon al soberano con una deferencia en la que se mezclaba sincera pena: ¡tan bueno, sencillo y benévolo era el que partía! A pesar de ser verano, la claridad era pálida, el cielo estaba cargado de nubes y sobre la arena de las alamedas se veían ya algunas hojas secas; y en los intervalos de silencio oíanse breves y triviales frases con que algunos intentaban disimular la ansiedad de la despedida. La emperatriz, siguiendo una costumbre española, trazó un ancho signo de la cruz sobre la frente de su hijo, y no ya cariñosa, sino apasionadamente le recomendó que cumpliera su deber, todo su deber. El emperador miraba vagamente á todos lados sin fijar los ojos en nada, y decía de cuando en cuando algunas palabras dulces, resignadas y tristes. Cuando el tren echó á andar, diviso á uno de sus chambelanes: «Du Manoir, le dijo, no me he despedido de usted (6):» estas fueron las últimas palabras suyas que se oyeron. Cerca del paso á nivel de Montretout, algunos habitantes de aquellos sitios, agrupados junto á la vía, saludaron al soberano con sus aclamaciones. Por última vez se dejó ver la gran capital ostentando por encima del bosque de Boloña sus torres, sus campanarios, el Arco de triunfo, la cúpula de los Inválidos, todo cuanto recordaba á la Francia gloriosa; después desaparecieron de la vista del emperador Saint-Cloud, que antes de poco había de ser destruído, y París, que nunca más había de volver á contemplar.

IV

Mientras en Francia á la exaltación de los primeros días sucedía un principio de inquietud, nuestros enemigos proseguían metódicamente sus preparativos: en la noche del 15 al 16 de julio habíase expedido la orden de movilización y los días siguientes iguales órdenes para los Estados del Sur salieron de Carlsruhe, de Munich y de Stuttgart.

El gobierno prusiano había tenido constantemente la previsión de asegurarse, con miras á la lucha futura, una superioridad numérica decisiva. Las fuerzas alemanas inmediatamente disponibles elevábanse á 519.000 hombres de todas las armas, y la artillería contaba con 1.584 piezas; pero en esta enumeración no se incluían las guarniciones ni los depósitos que comprendían más de 300.000 hombres, con los cuales se podrían llenar sobradamente las bajas de la guerra. Estos cálculos representaban, no la cifra de los racioneros, sino la de los combatientes, de modo que puede afirmarse, sin temor de equivocarse, que los efectivos reales del enemigo en los comienzos de la campaña excedían en más del doble á los nuestros.

El que en los días que siguieron á la declaración de guerra hubiese recorrido la frontera habría quedado

(6) Comandante Schneider, *Le Second Empire à Saint-Cloud*, pág. 18.